

Con *La peluca de Franklin* crece y se ensancha la trayectoria narrativa de María José Codes (le preceden *Control remoto* y *La azotea*). Se trata de un ejercicio literario en toda regla, con riesgo, compromiso y apuesta estilística. Un reto exigente que amplía el territorio de su creación con sugerencias como la de convertir el motivo que llevó a Benjamín Franklin a lanzar su famosa peluca al océano, (en 1776,

La peluca de Franklin

MARIA JOSÉ CODES

Menoscuarto. Palencia, 2015. 300 pp., 17'50€

cuando perseguía la ayuda de España y Francia para las colonias rebeldes americanas), en el eficaz dispositivo de una novela concebida dentro de otra, en la que, en cierto modo, alternan historia e intriga, aunque, en rigor, con escasas intenciones de aproximarse a la verdad histórica, al menos en lo que al gesto se refiere.

Lo sorprendente es la elección de la travesía del Repisal para recrear lo sucedido entre Franklin, una enigmática joven que viaja bajo su tutela, la nutrida tripulación del bergantín y Jaime Gardoqui, el joven a quien el conde de Aranda encomendó el seguimiento personal de Franklin sin imaginar que el objetivo de su espionaje le encomendaría, a su vez, componer sus memorias, y que, husmeando en su correspondencia privada descubriría la relación que le une a esa joven reivindicativa y con ideas propias, y a su madre, una predicadora cuáquera de Nueva Jersey, y provocaría la reacción contenida en el señalado gesto.

Pero más allá de estos trajines argumentales, de intrigas, amoríos secretos, espionajes y mujeres valientes que perseguían el voto femenino para la historia, está la novela que, desde el presente lo asimila todo, incluida la autoría de este relato ambientado en el pasado. Se trata de la historia de Vilán, un peculiar joven a quien las circunstancias familiares y vitales han ido reduciendo al asilamiento en un mundo inmóvil hasta el delirio. La épica de su vida se reduce a observar por un telescopio a una vecina con la que fantasea, hasta convertirla en el eje de su vida, y responder al ofrecimiento de construir un relato en torno a un antepasado

Crece y se ensancha la trayectoria narrativa de María José Codes. Esta es una novela con riesgo, compromiso y apuesta estilística

suyo sobre el que va descubriendo casualidades y coincidencias aparentemente fortuitas. Un día, un extraño incidente retira a la vecina de su encuadre. Sin recursos para reaccionar, su vida queda, en cierto modo, desmantelada. Quizá de ahí arranque el gesto que le anime a cambiar de posición frente a ella.

Porque esta novela, que tarda en trenzar sus sentidos, porque está llena de propuestas sugerentes, habla de eso: de hombres y mujeres, de acciones comprometidas, en el pasado y en el presente, de voyeurismo, de gestos que se repiten aunque cambie la posición y el encuadre... No era fácil! Pero sortea bien los riesgos esta autora de incuestionable personalidad. **PILAR CASTRO**

Subsuelo

MARCELO LUJÁN

Salto de página. Madrid, 2015. 240 páginas, 18€

El asunto de cómo un mal azar y las zonas más oscuras de la mente humana pueden hacer saltar por los aires los proyectos y vidas de los seres humanos, es central en la narrativa de Marcelo Luján (Buenos Aires, 1973). Lo era también en la fatal peripecia que acorralaba progresivamente, a su regreso a Argentina, al músico protagonista de su anterior novela, Moravia. Siempre hay, en Luján, un proceso bien detallado, una trama inesperada cosida por el narrador con finos hilos, algo que nace de un fondo oscuro, de un “subsuelo” y que malbarata, en este caso, la vida de unos adolescentes que veranean despreocupados, en familia, en su parcela del valle, desconociendo lo que pronto va a depararles el futuro cercano, “la noche envenenada”.

No hay aquí comienzos o arranques dubitativos, pues la intensidad y la inquietud se perciben como una apuesta fuerte desde las primeras líneas, donde ya se ha colado en la armonía una nota disonante, un anuncio de males venideros del que el lector es testigo, sin que nada pueda hacer por detener el tiempo, reparar el equilibrio o advertir a los confiados chicos que conversan de noche en la piscina. Usamos sólo la palabra “accidente” para no dar demasiadas pistas al lector sobre esta novela sólida y ambiciosa en la que Luján nos muestra hasta qué punto lo que se rompe no puede recomponerse.

Queda el consuelo de titánicos saltos atrás, hacia el origen, hacia el momento en que aún unos matrimonios cenaban y conversaban antes de la tragedia, y Luján propicia esa tentativa de regreso, en capítulos teñidos del buen aire detectivesco-criminal al que nos tiene acostumbrados. De paso iremos sabiendo que aquella Arcadia primigenia no era tal, que el personaje de Mabel (madre de los mellizos) tuvo un terrible pasado en años de dictadura argentina, que hay crueldades extremas (como la del hijo, Fabián) que eran anteriores a la gran pérdida, que las hipocresías sociales y los secretos vergonzosos son moneda de cambio entre los matrimonios aparentemente felices, que hay quien simplemente disfruta subyugando voluntades o manejando chantajes.

Luján distribuye con sabiduría datos y señales, alterna y solapa momentos y escenas como si fuesen también pedazos de un valioso jarrón roto, que no podremos recomponer, pero sí comprender, en su totalidad poderosa y oscura. “Dunkel ist das Leben, ist der Tod” (oscura es la vida y la muerte) decía la Canción de la Tierra, de Mahler, como este *Subsuelo* de la parcela del verano, donde proliferan y avanzan hormigas tan físicas como metafóricas. **ERNESTO CALABUIG**